

LA ILÍADA

I

Los especies literarios tienen su estación como los vegetales. La micénica fué la edad del poema épico y la Ilíada y la Odisea son dos monumentos de aquella civilización. Todos los poemas épicos posteriores no son sino imitaciones de los Homéricos, en contraste con la edad de los autores. Homero, al componerlos, no siguió otras leyes que las de la razón, y las leyes de la razón se reducen a una sola, o sea de que no haya nada que no encuentre en la obra misma una solución satisfactoria. El mejor modo de conocer a Homero consistió en suscitar cuestiones o cada palabra y resolverlas: los que las suscitaban se llamaban ἐστατικοὶ (instantes, urgentes) y los que las resolvían se llamaban λυτικοὶ (resolventes).

Sosibio fué tan famoso para resolver esas cuestiones que se le apodó ἐπιλυτικός.

Esto, dice V. Berard, demuestra que, además de la superficie lisa y atrayente, Homero tiene gran profundidad.

II

Nada debe haber en la obra de arte, dice Aristóteles, que no tenga su por qué; pero nunca ha de mostrarse la deliberación, así como no se demuestra en las obras de la naturaleza.

A primera vista sorprende que de una guerra que dura diez años, Homero no cante sino un episodio de principios del año noveno. Pero hay que notar que en esa época no se tenía idea de

tomar una fortaleza sitiéndola o asaltándola por la fuerza, como que para ello no existían máquinas (1).

No hoy indicia en el poema de que se cortaran las comunicaciones de la ciudad, ni de que se obstaculizara el abastecimiento.

Era pues natural que, mientras Aquiles se encontraba con los combatientes, los Troyanos no se atrevieran a salir de la ciudad. "Mientras yo estaba con vosotros, (le dice Aquiles a Ulises) Héctor nunca osó llevar los troyanos más allá del haya que hay cerca de las puertas Esceas" (IX, v. 354).

Por otro parte Aquiles conocía por su madre, la diosa Tetis, que de no apurarse para volver a Ftía, su patria, caería muerto bajo los muros de la fortaleza (IX, v. 412 - 416), lo cual le mantenía siempre a distancia de los muros y le hacía evitar el encuentro con Héctor.

La sola idea de un encuentro con el troyano le daba escolofríos: "ἐπρίγῃς" (VIII, v. 113-119).

III

Esta situación, que duraba ya nueve años, hacía imposible que se ofreciese la oportunidad de una batalla campal. Había pues que alejar a Aquiles del campo para que los troyanos se atreviesen a enfrentar a los Aqueos.

Cuando el poeta dice "Aquiles" hoy que recordar que tras él iban los Mirmidanes, como tras Héctor los Troyanos. Los Mirmidones eran muy numerosos, y todas las Aqueos juntas eran más de diez veces superiores en número a los troyanos.

El ejército Aqueo constaba de los contingentes de todos los estados griegos y cada contingente era acudillado por su rey o por el hijo del rey, si éste era viejo, como el padre de Aquiles,

(1) FINSLER, "Homer", 1913.

por ejemplo. Los caudillos morchaban en el combate o lo cobezaban de sus súbditos.

El éxito dependía únicamente del valor individual, de la fuerza, astucia, destreza y velocidad, como en los deportes modernos: y, como en éstos, no tardaban en destacarse campeones. En los deportes, la victoria de un partido depende siempre de un campeón. Quiero decir que si Héctor sobresale entre los troyanos como Aquiles entre los griegos no es por un capricho del poeta, sino porque en las guerras de entonces así se presentaban las cosas.

IV

Lo que más extraña en Homero es, precisamente, lo que de más característico tenía su edad. Lo sobrenatural en Homero no altera en nada el natural curso de los acontecimientos. Es una interpretación fantástica de la causalidad, como veremos más adelante; la interpretación de un pueblo falto de toda experiencia histórica. Es fatal que Troya caiga, pero no por una ciega predestinación: Zeus tiene la presciencia del futuro; pero no acontece uno caso porque Zeus lo preveo, sino que al contrario lo prevé porque acontece. La Parca (Κήρ) pone siempre una alternativa y uno cae bajo el yugo del destino mientras se guíe por la razón y no por la pasión. La justicia es la fe griega, dice Bouché Leclercq: ninguna culpa queda impune.

El castigo de los agravios es dejada a la venganza del agraviado; y si éste mismo sucumbe, como en caso de homicidio, lo costumbre señala a quien le toca vengarlo.

El Estado no había asumido todavía la administración de la justicia. Pero para la violación de la hospitalidad, para los perjuicios inferidos a las viudas, a los huérfanos y a los mendigos no había vengador designado, y Zeus mismo se encargaba del castigo, bajo la invocación de ξενίος (hospitalario) u otro más o menos propio.

En el crimen de Paris había ropt y robo: era un caso de piratería, no reprobado entonces por la conciencia pública, pero

existía el agravante de la hospitalidad violada. La hospitalidad tenía entonces un valor especial; porque muchos eran los que se ponían a salva de la venganza con el destierro voluntaria, y para éstos era necesaria encontrar quien los acogiera.

El crimen de Paris debía, pues, ser castigado por Zeus, y toda la ciudad había hecho cómplice negando a Menelao la satisfacción que se presentara a pedir a Troya (III, v. 105 y siguientes).

Los mismos ancianos del Consejo, incluso Príamo, habían abrazado el partida de Paris y la razón la da Antenor en el canto III, v. 158 y sig. Allí, en la torre con Príamo y los demás individuos del Consejo, al ver a Helena que se presenta dice: "No merece castigo de la justicia (οὐ Νέμεισις) el que dos pueblos padecieran tanta y por tanta tiempo, por una mujer como ésta, de hermosura divina" (III, v. 158 y sgts.).

V

Ya conocemos la alternativa puesta por el hado a Aquiles: "o gloria inmortal y vida breve, o larga vida sin gloria, apresurándose a volver a la patria". Todo el poema, en opinión de Platón, no es sino la serie de acontecimientos que llevaron a Aquiles a preferir la gloria a la vida. Esta preferencia, para Homero, es la locura. Cuando Aquiles rechaza la embajada, razona todavía: "Nada, dice, ni todas las riquezas del mundo, vale como la vida".

Su carácter violento, la ira que llega fácilmente a la lacura o al furar, es el asidera que ofrece Aquiles al hado.

Ira, resentimiento dicese *χόλος*: odio y furor es *μῆνις*: vocablo de la misma raíz que *μανία*. Cuando Aquiles se recancilla con Agamenón no dice: *παύω μῆνιν*; depongo el furor, sino *παύω χόλον*: depongo la ira, el resentimiento. No cesa, pues, con la reconciliación, la *μῆνις*, sino la ira; en vez de cesar, se podría decir que el poema empieza.

VI

Homera, pues, canta la ira de Aquiles; canta lo ira en sus efectos. Dice, pues, a la Musa: canta lo iro de Aquiles, etc. pera termina diciendo: empezando por el momento (ἐξ οὗ) en que a raíz de una breve querella separándose el Atrida general en jefe (ἄναξ ἀνδρῶν) y el divino Aquiles. El retiro de Aquiles es el primer efecto de lo ira, el principio del poema.

Pera, por principio, dice Aristóteles, se ha de entender el momento más allá del cual no existió nada de uno cosa.

Aquiles y Agamenón entran en la asamblea ya dispuestos una contra otro. Agamenón despide de los ojos llamas de ira, (I, v. 109). Por eso, cuando la Musa ya se dispone a cantar, el poeta la detiene con una pregunta: "¿cuál de los dioses hizo que se reunieran ambos para que se pelearan?". La Musa contesta: Apolo "airada contra Agamenón por la injurio que le infirió a su sacerdote".

Y aquí, en pocas palabras, narra la llegada de Crises, sacerdote de Apolo, al campo para rescatar a su hija. Crises lleva en las manos la insignia de su ministerio y habla a todo el ejército en general y a los hermanos Atridas en particular.

Ni una palabra puede omitirse. Así es Homero.

¿Por qué se dirige al ejército? Para que se comprenda que el ultraje le fué hecho a Crises delante de toda la tropa. Crises ruega a Apolo que le vengue. El dios esparce la peste en el campo griego. Al estallar una epidemia, era costumbre reunir en seguida la asamblea, para que el adivino dijero el nombre del día ofendido, la causa de la ofensa y el modo de aplacarlo. Nadie podía ignorar lo que el adivino contestaría y mucho menos Agamenón. Homero deja que la situación y el modo de obrar revelen el estado de ánimo de los personajes.

El análisis psicológico, así como la descripción y el omor a la naturaleza (el pajarillo, el parpadeo de las estrellas, etc.) se las deja como borra a los novelistas modernos.

Todos comprenden por qué razón el soberano deja pasar nueve días sin decidirse aún a convocar la asamblea. El mismo

día Aquiles se resuelve a convocarla. Tenía derecho para hacerlo, pero como era tan clara la causa de la vacilación del soberano, éste no podía menos que tomar el acto de Aquiles como una ofensa.

He aquí por qué el sentido exacto de las palabras de Homero es: ¿cuál de las dioses hizo que se encontraran para que se pelearan? El infinitivo μάχεσθαι tiene sentido final. Se comprenderá que no puedo detenerme para refutar la interpretación común. El diccionario etimológico nota que μήνις —vale "ira a deo inmissa".

La peste fué comunicada al campo para que Aquiles y Agamenón se pelearan; fué el medio de que se sirvió Apolo para separar a Aquiles del ejército.

Resultado de la cantienda fué que el orgulloso Agamenón le quitó a Aquiles su esclava Briseida, para resarcirse de la pérdida de Criseida.

VII

Agamenón no tarda en darse cuenta del error cometida: Empieza, pues, en su alma, lo lucha entre el orgullo y la conciencia de su impotencia, que se manifiesta en la inacción de doce días. El resultado de semejante lucha es siempre el mismo.

En la noche con que empieza el día décimo tercero, tiene un sueño, farjada por el orgullo, pero que él atribuye a Zeus; la que recuerda el dios del Kaiser de la gran guerra.

Una figura con el semblante de Néstor le ordena sacar las trapas de las naves y llevarlas en formación contra Troya, asegurándole, en nombre de Zeus que tomaría la ciudad. Despierto, reúne a los jefes y cuenta el sueño; Néstor, al oírle, exclama "de ser otra el que habla lo creeríamos un loco"; palabras que revelan el decaimiento de ánimo de los jefes. Queda por explicar la disposición de las tropas, o sea si el retiro de Aquiles las ha desanimada a ellas también.

Se convoca a la asamblea, y Agamenón simula proponer la vuelta a la patria, y lo renuncia a toda esperanza de conquista,

pero las razones que aduce en apoyo de esta simulada propuesta muestran la vergonzoso que sería aceptarla. Al terminar, el soberano espera oír un grito de protesta de todo el ejército, pero, al contrario, el ejército se desbanda y todos corren a preparar las naves para el retorno.

En esta circunstancia, aparece por primera y único vez un orador popular, Tersites, que no teme echarle en cara al soberano el agravio de que hizo víctima a Aquiles. Fué un milagro, para hablar a nuestro modo, que no se efectuase la fuga.

VIII

Vuelve a reunirse la asamblea y Ulises, para reanimar la tropa, le recuerda los portentos que, en Aulis, presagiaron el triunfo de los aqueos y la caída de Troya en el décimo año.

Se saca de las tiendas al ejército y Agamenón le pasa revista. Aquí el poeta pone el famosa catálogo de las naves, sobre cuya autenticidad se discute sin razón. Sin duda que los contingentes enumerados en el catálogo, desde el verso 653 en adelante, son dorios; pero como la invasión dórica se fija en 1194 a. J. C., no podían los dorios tener representantes en Troya.

Pero este argumento no prueba nada contra la autenticidad del catálogo. Esta cuestión no se puede tratar así: basta saber que la llamada historia de la invasión dórica no tiene nada de histórico y que Grote mismo demuestra con qué procedimiento fué compuesta.

Después de la revista, el ejército aqueo avanza en formación hacia Troya.

IX

Pero el retiro de Aquiles envalentona a los troyanos, que, al ver desde las atalayas aproximarse los aqueos, salen a su encuentro. Héctor se adelanta y propone la decisión de la guerra en un duelo entre Menelao y Paris; y Agamenón, que ya no está

muy seguro que su sueño no sea un engaño de su orgullo, acepta la propuesta.

Se fijan los pactos, se confirman con juramentos y sacrificios y amenazas a los violadores. Meneloo resulta vencedor; pero Pandaro, célebre arquero, creyendo adquirir la gratitud de los Troyanos, en un momento de locura IV, v. 104 φρένας ἄφρον), hiera a Menelao en el costado: "quos Deus vult perdere demontat".

Troyanos y aqueos se traban en lucha. Es el primer encuentro entre los dos pueblos. En él se destaca Diomedes. El retiro de Aquiles permite al poeta llamar la atención, sucesivamente, sobre cada héroe aqueo y el poema se hace, por lo mismo, nacional. Estos momentos de gloria se llaman ἀριστεία, algo como "gesta".

Héctor vuelve a la ciudad para ordenar que se lleven ofrendas a Atena, que tenía un templo en la Acrópolis y para dar el soludo último a Andrómaca, y, además, en procura de Paris, a quien obliga a seguirlo. En efecto, Paris herirá dos días después a Diomedes, clavándole con un flechazo el pie en el suelo (XI, v. 375 y sgs.).

X

El día del duelo de Paris y Menelao termina con el duelo de Héctor y Ajax, al que pone fin la noche.

Siguen treinta y seis horas de treguo empleadas en sepultar a los muertos, y, por los aqueos, en levantar un muro en defensa de las naves. Aquel muro es consecuencia del retiro de Aquiles (IX, c. 349 y sgs.).

Al día de la tregua siguen dos días de lucha, el tercero y cuarto, contando desde la violación de los pactos. Son días de fuga general de todos los aqueos, delante de Héctor, delante de un sola hombre (ἐνός ἀνδρός) (VIII, v. 355).

Héctor llega hasta prender fuego a la nave de Protesilao que fué la primera en embicar en la ploya troyana nueve años atrás; así como Protesilao fué el primero que puso pie en ella, cayendo muerto o manos de Héctor.

No se olvide que el día, paro los griegos, empezaba con la puesta del sol. La noche, entre los dos días, es la del envío de la embajada a Aquiles y de la Dolonia a inspección del campo troyano, pues aquella noche los troyanos sentaron el campo frente a los griegos y no se retiraron a la ciudad.

La embajada fué vana, pero sin embargo de gran utilidad, como veremos.

También la Dolonia les parece a algunos una interpolación posterior, pero sin razón. No se olvide que Agomenón aquella misma noche propone el abandono de la empresa, y esta vez la propuesta no es simulado, como la de dos días antes.

XI

Las dos propuestas de fuga, hechos, la primera simuladamente para explorar el ánimo de las tropas y la segunda en serio, dan la medida del decaimiento de ánimo de Agamenón.

La exploración del campo enemigo tiene feliz éxito, reanima al rey, que al rayar el día toma parte personalmente en el combate. Por otra parte, la embajada satisface en parte el orgullo de Aquiles, y, en el caso de una reconciliación, no se podrá decir que Aquiles dió el primer paso. En el combate del día siguiente Héctor llega hasta prender fuego a la nave de Protesilao, como ya dije, y Patroclo, enviado por Aquiles para enterarse de los sucesos, al retorno le ruega con insistencia se le permita llevar socorro a los aqueos; y Aquiles cede por fin. Le deja, por tanto, ir con todos los mirmidones en ayuda de los aqueos y, no pudiendo ir él mismo o su lado para protegerlo, le cede su propia armadura.

XII

Aquí termina la primera parte del poema.

La derrota de los aqueos no ha tenido más objeto que el de separar a Patroclo del lado de Aquiles para que su muerte fuera posible.

Patroclo cae herido primero por Euforbo y es ultimado por

Héctor, que le despaja de la armadura de Aquiles y se la pone; y Zeus, que lo ve, sacude la cabeza; pues, aquella armadura será la causa de su muerte. La muerte de Patroclo es lo que Aristóteles llama **peripecia**: es decir, el acontecimiento imprevisto que cambia e invierte el estado de las cosas. Aquiles pudo contenerse cuando le fué quitada Briseida, por más que la amara, pero no renunciará a vengar a Patroclo, aun a costa de su misma vida.

La ira es definida, por Aristóteles, "deseo de venganza". Can tal de vengar al amigo, Aquiles se conformará en morir joven, puesto que tal es su destino.

XIII

Como Héctor llevaba puesta la armadura de Aquiles, la madre de éste, que en vano intenta disuadirlo de volver al campo, recordándole que a la muerte de Héctor seguirá la suya casi inmediatamente, acude a Hefesto en procura de otra. Aquí nos hace asistir el poeta a la forjación del tan célebre escudo. La importancia que le da Homero puede parecer excesiva sólo a un lector irreflexivo, pues el verdadero vencedor fué aquél. Dueño de la nueva armadura, Aquiles se presenta a Agamenón. Declara la contienda que los separa por causa de una muchacha que mejor habría sido que hubiese muerto en la toma de su ciudad; "no habrían entonces mordido el polvo, cayendo bajo la mano de los enemigos, tantos aqueos, por causa de mi ausencia" (XIX, v. 61-63).

Palabras que explican las del proemio, como veremos. Par fin, todos se disponen a la batalla; pero, antes, Homero coloca la batalla de los dioses amigos de Troya con los que protegen a los aqueos; y éstos resultan vencedores.

Era opinión antigua que un pueblo no perece si antes sus dioses no son vencidos por los dioses de los enemigos.

Esta lucha, que nos parece inútil, tiene en cambio gran importancia para el poeta; pues la victoria de los dioses aqueos

equivale a la caída de la ciudad, aunque ésta tarde algo más en efectuarse.

XIV

Se reanudan, pues, las hostilidades, y Héctor cae al día siguiente de la muerte de Patroclo. Ya el campo está lleno de muertos, ya los troyanos se han refugiado en la ciudad y han cerrado las puertas, sin reparar en que Héctor no ha entrado aún; por esto, corre alrededor de los muros, esperando hallar abierta alguna puerta.

Puestos los dos héroes uno frente al otro, Aquiles lanza primero el asta y marra el golpe; pero no lo marra el troyano, que da con su lanza en el medio del escudo del adversario, y si no hubiese sido éste impenetrable, por ser obra de Vulcano, Aquiles habría sucumbido. El asta es devuelta a Aquiles, y Héctor saca la espada y no desespera todavía de la victoria. El caso es que la armadura de Aquiles, que Héctor llevaba puesta, carecía de la pieza que defiende la garganta, defecto que Héctor no había advertido, pero que Aquiles no podía ignorar, de modo que allí dirigió la punta de la lanza.

Así cayó Héctor; y ahora se comprende por qué, cuando se puso la armadura de Aquiles, Zeus sacudió la cabeza y por qué el poeta da tanta importancia al escudo.

XV

El único sentimiento humano que el cadáver de Héctor le inspira a Aquiles es el despecho de no animarse a devorarlo crudo. Héctor, con la preñación que los antiguos atribuían a los moribundos, le anuncia a Aquiles su próxima muerte.

La ira de Aquiles está muy lejos de calmarse. El día siguiente de la muerte de Héctor se celebran los juegos en honor de Patroclo, sobre cuyas reliquias se levanta un túmulo. De modo que la lucha dura ocho días, cantando desde la violación de los pactos. Coma los troyanos, durante estos días, permanecen acam-

pados fuera de la ciudad, frente a los griegos, se puede decir que la botalla es sólo una.

XVI

Siguen doce días, durante los cuales el campo permanece lleno con los cadáveres de los troyanos muertos y Aquiles arrastra periódicamente el cadáver de Héctor alrededor del túmulo de Patroclo.

No permitir que los troyanos sepultaran a sus muertos es la última manifestación de la ira, y, para los antiguos, el punto más alto a que podía llegar.

El espectáculo indigna a los dioses amigos de los troyanos; Apolo se ofrece a quitarle a Aquiles el cadáver de Héctor, pero Zeus propone que, por medio de su madre, se le obligue a devolverlo a Príamo, aceptando el precio del rescate. La propuesta de Zeus es aceptada y cumplida.

XVII

Después de este rápido vistazo de todo el poema, se comprenderá el verdadero sentido del proemio.

Al primer verso: "La ira canta, Dioso, del Pelida Aquiles", siguen dos que se refieren a la primera parte del poema y a los aqueos. "Ira funesta", por cuanto fué causa de muchos afanes para los aqueos; "y precipitó muchas vigorosas almas de héroes al Hades antes (que precipitarle a él)".

Las muchas almas de héroes, de las cuales habla aquí, son las de los aqueos, incluso la de Patroclo. La ira fué causa del retiro de Aquiles y éste de la derrota de los aqueos, durante los tres días que preceden la muerte de Héctor. De no haberse retirado Aquiles, los troyanos no habrían ni siquiera salido de Troya. O si hubiesen salido, no habrían derrotado a los aqueos. Los muertos de que allí se habla son aquellos a los que alude Aquiles, en las palabras citadas más arriba y que aquí repito: "De no

haber estado yo alimentando mi ira, no habrían mordido el polvo tantos aqueos, cayendo bajo las manos de los enemigos".

Y continúa: "por cierta que de mi retiro se acordarán mucho tiempo los aqueos".

Los otros dos versos se refieren a la segunda parte del poema, a la matanza que, para vengar a Patroclo, hace Aquiles de los troyanos, además de la de Héctor.

"Y a ellas (*αἰτῶν δέ*) hizo presa de los perros y de todas las aves de rapiña". "Ellos" está contrapuesto a "aqueos" y significa "los troyanos". Y a los troyanos, matándolos y no permitiendo que fueran sepultados, los hizo presa de perros y de todas las aves de rapiña.

Queda por último: "y la propuesta de Zeus fué cumplida".

Ya doce días duraba el espectáculo del campo lleno de cadáveres y de Aquiles que arrastraba el cuerpo de Héctor alrededor del túmulo de Patroclo, cuando en el Olimpo se aceptó la propuesta de Zeus.

Tetis habló con Aquiles, y Hermes en la noche del día décimo tercero después de la muerte de Héctor, condujo a Príamo a la tienda de Aquiles, quien, al verle, dió un brinca salvaje.

Príamo lo detuvo con las palabras: "Divino Aquiles, acuérdate de tu padre". El recuerdo del padre hizo brotar gruesas lágrimas de los ojos de Aquiles y la ira se diluyó en ellas.

Aquiles concedió una tregua de diez días para el sepelio de los muertos.

El poema termina con los honores fúnebres tributados a Héctor y con el nombre del héroe.

Francisco Capello

(Universidad de Buenos Aires)